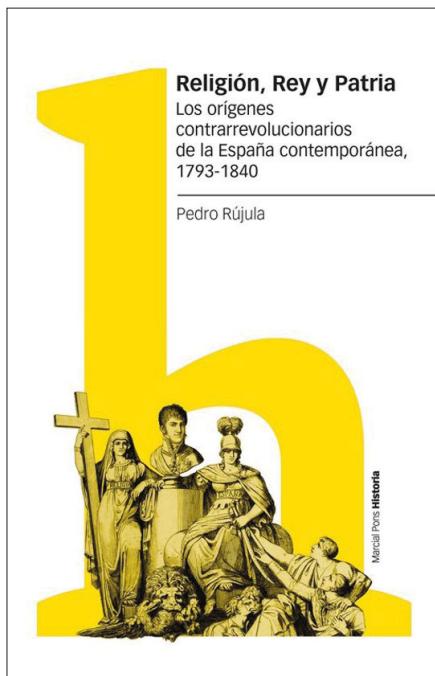


Religión, Rey y Patria. Los orígenes contrarrevolucionarios de la España contemporánea, 1793-1840



PEDRO RÚJULA, *Religión, Rey y Patria. Los orígenes contrarrevolucionarios de la España contemporánea, 1793-1840*, Madrid, Marcial Pons, 2023, 294 páginas

Francisco Javier Ramón Solans, Universidad de Zaragoza
 javierramonsolans@gmail.com

La historia de la contrarrevolución española en el largo siglo XIX ha experimentado en las dos últimas décadas una renovación tan profunda que ha alterado la propia comprensión del alumbramiento de la política moderna. Estudios como los de Jordi Canal, Jean Philippe Luis, Encarnación García Monerris, Alexandre Dupont, Josep Escrig o Álvaro París, entre otros, han contribuido a esta profunda revisión del paradigma contrarrevolucionario en la historiografía española en la que se inserta la obra que aquí se reseña, *Religión, Rey y Patria*. Su autor Pedro Rújula es uno de los principales impulsores de esta renovación historiográfica, no sólo por sus numerosas e importantes obras sobre el período, sino también por su

capacidad para articular un equipo de investigación que analiza las diversas facetas de esta movilización contrarrevolucionaria en perspectiva comparativa y transnacional.

A través del conocido trilema, Pedro Rújula nos ofrece un espléndido mosaico de las investigaciones por él realizadas a lo largo de los últimos años. El libro está compuesto por once textos publicados entre los años 2007 y 2019, revisados, actualizados e integrados en una reflexión más amplia sobre los orígenes contrarrevolucionarios de la política contemporánea. En el fondo, esta obra parte de una labor casi arqueológica que lleva su autor a retrotraerse hasta la Guerra de la Convención para comprender aquella movilización carlista que estudió en su tesis doctoral. Por sus páginas pasan pues reflexiones sobre la Década ominosa, el Trienio liberal, la Restauración de 1814, la Guerra de la Independencia o la Guerra de la Convención.

El concepto que permite al autor agrupar períodos tan diversos es la guerra, desde la guerra contra un enemigo exterior, Francia, hasta las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX. En primer lugar, porque la guerra supone un despertar forzado a la política, un aprendizaje, una experiencia decisiva en el posicionamiento político. En segundo lugar, porque la dimensión civil de los conflictos nos acerca a la polarización y fractura social, al reforzamiento de identidades, a la deshumanización del enemigo y a su expulsión del cuerpo social.

Íntimamente ligado con la guerra surge la preocupación por la politización en un contexto en el que las propias formas de la política moderna estaban siendo definidas. Para ello, alude al famoso trilema, religión, patria y rey como elementos de movilización y politización. La obra se centra en la creación de un patriotismo monárquico de corte populista que hacía descansar en el pueblo su legitimidad y que, al situarse por encima de las leyes, corría el riesgo de radicalizarse y poner en cuestión al propio monarca, como de hecho así ocurrió.

A lo largo del trabajo, el autor recurre a la historia cultural de la política y en menor medida a la idea de cultura política para analizar este universo contrarrevolucionario. Así, por ejemplo, en el capítulo dedicado al mito de la Restauración de 1814 nos acerca a la percepción del tiempo histórico de los actores contrarrevolucionarios, a su visión del orden, de la tradición y del origen popular de la legitimidad monárquica. Para justificar el retorno del rey, Pedro Rújula muestra cómo transitaron de una visión escatológica que amenazaba con el final de los tiempos a una idea de restablecimiento del orden perdido.

Especialmente novedoso resulta su acercamiento al golpe de mayo de 1814, al mostrar cómo fue preparado desde múltiples sectores, desde la prensa y la publicística hasta los conciliábulos realistas, pasando por unas Cortes con un importante sesgo contrarrevolucionario. *Religión, Rey y Patria* demuestra cómo los defensores del Antiguo Régimen adoptaron las armas de sus enemigos y se movilizaron de manera muy efectiva durante las elecciones de 1813 para conseguir una importante representación parlamentaria. El autor plantea la hipótesis de que estos diputados realistas ocuparon las Cortes para restar representatividad a los liberales, bloquear la institución e introducir sus propias ideas en el debate público.

Tanto este capítulo como otros nos adentran en la cuestión de la renovación tanto de las estrategias como de los principios de los partidarios del Antiguo Régimen. Y es que la contrarrevolución no sólo reaccionó ante los acontecimientos políticos, sino que también contribuyó a definir el sentido, la forma, los marcos y reglas del nuevo campo político. Autores como Matthijs Lok han demostrado cómo ideas norteadas de la contemporaneidad

—libertad, Europa o cosmopolitismo— desempeñaron un papel central dentro del pensamiento contrarrevolucionario.

Quizás, el único pero que se podría poner a la obra es que la religión tiene un papel secundario como mero soporte de este patriotismo monárquico, sin ahondar en las fracturas en el seno del catolicismo ni en su particular evolución desde el regalismo al ultramontanismo, ni tampoco en las tensiones que experimentó con el monarca, como muestran estudios recientes que ponen en cuestión la armoniosa alianza entre el altar y el trono. En este sentido, conviene señalar que los eclesiásticos no se comportaron con desdén y arrogancia, sino que comprendieron a la perfección la trascendencia del desafío revolucionario, ya fuera viendo en él la posibilidad de llevar a cabo sus planes de reforma o advirtiendo contra el peligro que suponía para las instituciones del Antiguo Régimen. La Iglesia católica se vio impidiida a renovar también sus estrategias y discursos para adaptarse al nuevo contexto político y defender sus intereses. No obstante, si bien esta infrarrepresentación podría entenderse como fruto de la atención prestada al elemento monárquico, creo que para hacer la historia todavía más compleja se debería dar más peso a una institución vinculada a la monarquía, pero que goza a su vez de una gran autonomía. No en vano, la religión ocupa tanto en orden como en importancia, el primer lugar del conocido trilema.

En cualquier caso, esta leve descompensación no es óbice para afirmar que nos encontramos ante una obra llamada a ser de referencia, ya que nos invita a repensar un período clave de la historia contemporánea bajo una nueva luz. *Religión, Rey y Patria* no sólo plantea la necesidad de integrar el universo contrarrevolucionario dentro del relato histórico de los orígenes de la contemporaneidad, sino que plantea una serie de interrogantes que obligan a reformular aquel apriorismo del inevitable y arrollador triunfo del liberalismo. Al contemplar la fortaleza y capacidad de adaptación, renovación, resistencia y negociación de las instituciones y cuerpos del Antiguo Régimen, al contemplar las largas guerras civiles que asolaron España y Europa en las primeras décadas del siglo XIX, parece necesario reformular incluso la propia visión de la politización y su asociación con el universo liberal. En este sentido, el libro se convierte en un alegato por la historicidad, por situar al actor histórico, como Stendhal a Fabrizio de Donge en la batalla de Waterloo, ante el desconcierto del momento y las herramientas limitadas de las que disponían.

Quizás una de las peores tentaciones de la profesión de historiador es tratar de dotar de una excesiva coherencia a los actores del pasado. A diferencia de otras compilaciones de artículos, *Religión, Rey y Patria* no resulta artificiosa, no fuerza una trayectoria investigadora para dotarla de coherencia y, especialmente, desde el punto de vista epistemológico, no atribuye a los actores una excesiva coherencia. Es más, Pedro Rújula sitúa al sujeto histórico ante la incertidumbre del momento, ante sus miedos y ante un universo político cuyas nuevas reglas estaban definiendo sus contornos. Las teselas pacientemente colocadas a lo largo de varios años adquieren un nuevo sentido al ser contempladas juntas en este mosaico que desafía lecturas tradicionales y, sobre todo, ofrece un relato más profundo y complejo del nacimiento de la política moderna.